

giando el valor del gefe que lo mandaba. El equipage que sacó Holzinger de Veracruz fué la bandera de su baluarte, bajo la misma que se batió después con igual honor en Cerro-Gordo....."¹

"Las primeras víctimas fueron mugeres y niños, seguidas de familias enteras que perecían a la explosión o debajo de las ruinas de sus habitaciones: en poco tiempo se llenaron los hospitales de heridos, mientras que los muertos eran indistintamente sepultados (menos los que se ignoran porque no han podido sacarse de debajo de los escombros). Las bombas pasaron las bóvedas de la iglesia de Santo Domingo, matando a los infelices heridos, y consternando a los cirujanos y practicantes; y trasladados con precipitación y riesgo a la iglesia de San Francisco y capilla del Tercer Orden, tuvieron allí la misma infeliz suerte, como también en los hospitales de Belem y de Loreto, llegando a suceder que una sola bomba asesinara a diez y nueve personas. En todas partes perecían desgraciados que buscaban un asilo en la más espantosa desolación, y los heridos que tuvieron fuerzas se levantaron, y huyeron desparvoridos y ensangrentados por las calles.

"Al segundo día de bombardeo ya no hubo carne ni pan, y el rancho de sólo frijol se comió a las diez de la noche, bajo una lluvia de fuego y a la hórrida luz de los incendios: a esa fecha, los edificios desde la Merced hasta la Parroquia estaban todos convertidos en ruinas, y las calles intransitables, llenas de escombros, piedras y proyectiles. La población había huído progresivamente hacia el lado de la Caleta, donde hasta entonces habían ocurrido menos desgracias, y se refugió en los almacenes y zaguanes, aglomerándose de modo que en algunas partes sólo podía estar de pie; pero el enemigo desde el tercer día repartió sus fuegos alternativamente, y ya no hubo un solo lugar menos arriesgado; siendo preciso a las desoladas familias sufrir todas las angustias de semejante situación, sin consuelo

¹ Tributo a la verdad, pp. 30-32.

ni descanso, y en continua vigilia y sin alimento, pensando sólo en la conservación de la existencia, acibarada aún más con la incertidumbre de la suerte de sus hijos o hermanos que se hallaban en sus puntos, quienes a su vez sufrían la duda de la situación de sus parientes, figurándoseles que cada bomba caía en su propio hogar.

"La mayor parte de las familias cuyas casas han sido arruinadas, han perdido cuantos bienes tenían, no quedando a muchísimos más propiedad que el vestido puesto; porque lo que no consumieron las llamas, desapareció debajo de los escombros; y centenares de personas y padres de numerosos hijos que contaban con un mediano pasar, se encuentran hoy sin una cama donde acostarlos, sin techo que los cubra, sin ropa que los abrigue, ni recurso alguno para alimentarlos. Las principales panaderías no existen, los víveres faltan, porque apenas quedan algunos almacenes de comestibles: la guarnición y parte de la población, comían del arroz y frijol que el Ayuntamiento había acopiado: esta situación, después de un año de bloqueo y pobreza general, y ausentes los hombres ricos y benéficos que pudieran consolar a algunos y aliviar o disminuir las penas de muchos, la podrán comprender bien sólo los que conozcan a Veracruz, que vive de su comercio, muerto hace muchos meses.

"Y en medio de tanto horror, desolación y luto, los hospitales llenos de heridos, sin poderlos atender; las casas con cadáveres insepultos, sin víveres, con brecha abierta en la muralla, deteriorados los baluartes más fortificados y mejor defendidos, con muy poca cartuchería de cañón por el constante fuego que ha contestado al del enemigo, rodeado el Comandante general de tantas desgracias y clamores, estimulado fuertemente su corazón, que hasta el último trance insistía en sostenerse mientras le quedaran diez hombres con que defenderse, reunió a los gefes de línea y autoridades civiles para oírlos, y la mayoría juzgó que debían salvarse las vidas de los ino-

centes, que el enemigo atacaba, y cuya pérdida no mejoraba la situación.”¹

Cuando se vió, pues, que todo sacrificio resultaba estéril, fué cuando se pensó en un acomodamiento; pero el declararse vencidos los defensores en las condiciones en que lo hacían, resultaba más honroso que ser vencedor en las que los norteamericanos obtenían la victoria, muy especialmente, porque orgullosos de su triunfo no quisieron otorgar las garantías que se les pedían, a fin de que permitieran salir a los neutrales, a los niños, a los heridos y a los enfermos.

Esta última fase de la lucha debe ser también descrita por quien fué actor en ella, que así tal vez será narrada debidamente, y por eso dejamos que sea su pluma la que describa el final del sacrificio de la heroica guarnición, así como de la ciudad, que en aquella ocasión y en aquellos momentos supremos supo corresponder a la abnegación de sus defensores:

“Los representantes—dice—de las naciones europeas contemplando nuestra decisión, y la conducta del enemigo, humanos y generosos pasaron a su campo a demandar los derechos de la humanidad, mirándonos a todos en nuestros puntos, resueltos a que salieran de la ciudad las mujeres, los niños, los ancianos y los neutrales, para sucumbir antes que rendirnos, y dejar un montón de ruinas y un montón de cadáveres donde fué Veracruz. Y ¿quién lo creará? Scott se negó a que se salvara la vida aun de los ya moribundos, aun de los neutrales extranjeros: despreció el grito de la razón, de la virtud y del honor, y colocaba nuevas baterías; ultrajó a los Cónsules que enternecidos se dirigieron a los comandantes de sus buques de guerra surtos en Sacrificios, y allí recibieron un nuevo ultraje, porque su comunicación conducida por la bandera respetable de la Francia, no pudo ser entregada, ni los portadores escuchados, y sobre los cuales gritaba el comodoro Perry: “Fire on.”

¹ Tributo a la verdad, pp. 30 a 33 y 110 a 112.

Todo ha sido inaudito de parte de estos hombres, todo ha sido cobarde. No se han batido, sólo han querido destruir con ventaja.

“Apenas amaneció el día 27, la población entera de mujeres con sus hijos en los brazos y algunos extranjeros, esperaban delante de las casas de los Cónsules español y francés, que éstos con sus banderas salvaran la vida de tanto inocente. Por las calles sólo se oyen los gemidos del dolor y los sollozos de la aflicción más amarga; mezcladas con la multitud las señoras más decentes, preguntando con lágrimas si falta mucho para las seis, porque el reloj de la ciudad lo destruyó una bomba, y todas quieren saber el tiempo que les queda para salvarse, todas imploran socorro para que las dejen salir a pie por estas ardientes playas, mientras el feroz Scott se sonríe brutal, burlándose de la magnanimidad de los cónsules, únicos representantes de sus naciones, cortada la comunicación con sus ministros en México.

“Las negociaciones de un acomodamiento para que cesen estos horrores, seguían entretanto, haciendo un gran sacrificio de su amor propio los comisionados, que se esforzaban por conducir el negocio a un punto que a la guarnición le fuera posible aceptar; pero ya eran las nueve de la mañana y nada se sabía, y la población vagaba por las calles del centro cargada de envoltorios de ropa, débil y sin alimento, buscando una puerta por donde salir. Algunas se lanzaron a unas lanchas, para irse a los buques de guerra neutrales, y fueron rechazadas por los enemigos. La autoridad civil ofreció ponerse a la cabeza de este pueblo femenino, y presentarse inerte a que Scott le hiciera fuego, o los dejara ir al monte, puesto que les negaba la honra a los hombres y la vida a las mugeres.

“En esta situación, ya todo se convirtió en un caos de confusión: las madres recorrieron las líneas y hallaron a sus hijos: el general Morales, por no firmar una capitulación, y por no jurar no tomar las armas, se fué en un bote con el mayor de la Guardia Nacional, dejando el mando al General Lande-

ro. La falta de estos dos gefes aumentó el desorden, y a la vista de este espectáculo fué preciso ceder al imperio de la necesidad, porque se conoció que la Guardia Nacional no entregaría sus armas, y que antes de hacerlo no existiría, disolviéndose, como sucedió en parte la tarde del mismo día, tan luego como se habló de capitulación. En la mañana de hoy 28 todo está ya terminado por los comisionados, y ratificado por Scott. El sol de este día es la lámpara de un sepulcro: sólo se habla y se piensa en huir de la vista abominante de los yankees.

“No podemos concluir sin dejar de nuestra mano una prueba escrita del mérito distinguido (sin agraviar a ninguno, pues todos a quien más se han portado con valor digno de imitarse); cupo esta suerte en nuestro juicio a D. Sebastián José Holzinger, a D. Blas Godínez, y a D. Manuel Robles, Comandante de ingenieros, y su ayudante el joven D. Joaquín Castillo, cuyos méritos y acciones no relatamos, porque la voz de la fama los publicará y nos eximirá de parecer parciales ni exagerados.

“Veracruz, 28 de marzo de 1847, a las diez de la mañana, al separarnos de los puntos, donde por dieciocho días hemos deseado cumplir con una patria amada.”¹

La lucha que seguía encarnizada en la Capital, no había permitido que se enviaran refuerzos a los defensores del puerto y que como aparece de los relatos anteriores, en aquella ocasión habían realizado verdaderas proezas, y no es en consecuencia, extraño que los veracruzanos lanzaran terribles anatemas contra el Gobierno del centro y contra la Capital de la República, llegando hasta pensar que puesto que el pacto federal no servía sino para obtener los derechos aduanales que Veracruz proporcionaba, bien valía la pena el romper ese pacto y consagrarse ellos solos a la defensa de su terruño, toda vez que los hijos del resto de la República ponían más empeño

¹ Tributo a la verdad pp. 114-6.

en destruirse que en combatir al enemigo del país. Todas estas razones y todas estas circunstancias hicieron que el Congreso del Estado lanzara el interesantísimo siguiente manifiesto, aun antes de que el desastre de Veracruz se hubiera consumado:

“En los momentos en que, tal vez, se derrama ya la sangre de los veracruzanos; cuando las fuerzas enemigas invaden nuestro territorio en número considerable, y los pueblos del Estado esquilados, miserables, agobiados bajo el peso de los gastos públicos que ha tenido que cubrir, hacen un nuevo esfuerzo y se animan, y abandonan sus más sagradas afecciones, y hacen los más santos sacrificios para concurrir a la defensa de la independencia nacional; en momentos tan solemnes, el Congreso del Estado de Veracruz, se dirige a la nación.

“Mexicanos: la cuestión de vida o de muerte que se ventila ya en nuestras playas, demanda exclusivamente la atención. Un momento basta tal vez, para que todo se pierda. La patria exige hoy el sacrificio de todas las opiniones que desgraciadamente nos han dividido hasta ahora. Seamos grandes en el infortunio, ya que no lo hemos sabido ser en la prosperidad: hagámonos dignos de la patria, que redimieron nuestros mayores con su ilustre sangre. El Estado de Veracruz ha visto con sentimiento, con un doloroso sentimiento, las divisiones que hoy tienen lugar entre los mexicanos, porque esas divisiones en estos momentos, importan la pérdida de nuestra nacionalidad, de nuestra independencia. El Estado de Veracruz abandonado a su propia suerte, sin recursos, sin tropas para contrarrestar el poderoso ejército que le amenaza, a nadie inculpa, a nadie hace responsable: sus hijos sabrán morir, sabrán sacrificarse en las aras de la patria; pero este sacrificio será inútil, si ocupados sus hermanos en el interior en disensiones, hoy más que nunca vergonzosas, olvidan que son mexicanos, haciendo enmudecer la voz imperiosa y santa del deber, ante la grito inmoral de las pasiones.

“Los veracruzanos se ofrecen, sí, como primeras víctimas en esta causa nacional; pero ¿bajarán a la tumba que les señala la gloria con el amargo desconsuelo de que esas hordas vandálicas hayan de sorprender en los palacios de Moctezuma a los mexicanos, devorándose entre sí como si estuvieran sedientos de su propia sangre? ¡Ah! no demos este escándalo al mundo. Vosotros los que con las armas en la mano queréis el triunfo de vuestras opiniones, deponed, deponed esa actitud hostil. El Estado de Veracruz os conjura a ello en nombre de la Patria. Volved esas armas fratricidas que hoy hieren el corazón de vuestros hermanos, de vuestros amigos, de vuestros compatriotas, a ese pérfido enemigo que pretende con imprudencia arrebatarse un laurel de las sienas de la patria para entregarnos al desprecio del mundo: a ese pérfido enemigo que atenta al culto de nuestra creencia, al honor de nuestras esposas, a la vida de nuestros hijos, a nuestra independencia, a nuestra nacionalidad, a todo lo que el hombre tiene de más caro sobre la tierra. Al estallido del cañón extranjero unamos nuestras voluntades, nuestros esfuerzos: unámonos para conservar nuestra existencia política, como se unieron nuestros padres para conquistarla; que si la sangre derramada ya en cien combates fratricidas, no ha sido suficiente para la expiación de nuestros primeros desaciertos, tiempo nos queda para proseguir en nuestras vergonzosas querellas. Haced hoy el sacrificio de vuestras opiniones, como hacen los veracruzanos el de su vida por la causa común. No echéis a la patria vosotros mismos una mancha de oprobio, cuando vuestros compatriotas a quienes abandonáis derraman su sangre al frente de un pabellón extranjero para eyitarla. Los veracruzanos tienen un derecho para excitaros a la paz: el derecho con que el hermano conjura al hermano a quien ve desviarse de la senda del honor; el derecho con que la víctima, sola y abandonada en el camino del sacrificio, dirige una palabra a aquel por quien se inmola. El Congreso de Veracruz, en nombre de los pueblos que representa, os excita pues, a esa reconciliación fraternal, que de-

mandan la patria desgraciada, la moral, la religión y el honor. Dad lugar a la razón, apartad la vista de ese cuadro luctuoso donde lloran mil familias a quienes habéis condenado a la desesperación y a la miseria, donde mil huérfanos desgraciados buscan en vano el abrigo de un padre que les habéis arrebatado. Apartadla, sí, y fijadla por un momento en el Estado de Veracruz, al que no se le mandan armas, ni soldados ni dinero; porque las armas que se debían emplear contra el pérfido invasor, se ocupan en debilitarnos hiriendo nuestro propio corazón; porque los soldados se devoran entre sí, y cuestionando en este momento, quién será el Jefe Supremo de la Nación, abren una liza de escándalo para el mundo; porque el dinero se distrae en tan vergonzosos objetos. Volvedla al Estado de Veracruz, y veréis a los pueblos abandonados del resto de la República, sin armas en su mayor parte, porque vosotros las estáis ocupando, dirigirse al encuentro del enemigo, abandonándolo todo: oiréis el llanto de las madres, de las esposas, de los inocentes niños, que se despiden del hijo, del esposo, o del padre que parten a combatir, y a quienes no volverán a ver, porque vosotros no venís a engrosar sus filas, y perecerán acaso en lucha tan desigual. Veréis a cien madres en la consternación, porque sus hijos, niños aún que apenas pueden sostener el fusil en sus débiles brazos, han huído del hogar paterno, para presentarse a combatir en la Ciudad de Veracruz a la primera noticia del peligro. Conmuevos la voz de la humanidad, SI NO TIENE BASTANTE FUERZA LA DEL HONOR, la del deber y la del patriotismo para llegar a vuestros corazones.

“Mexicanos: el Estado de Veracruz protesta defender palmo a palmo su territorio del enemigo que lo invade; pero inerte como lo está, sin recursos y sin tropa, hará sin vuestra pronta y eficaz cooperación, un sacrificio inútil. La Heroica Ciudad su capital, amagada del hambre, al frente de una escuadra enemiga y hostilizada por un ejército numeroso, encierra un puñado de hombres, hijos en mucha parte de sus principales familias. Los Libres Poblanos, Guardia de Orizaba y

la de algunos puntos del Estado, componen también esa fuerza insignificante por su número. Ella dejará ejemplo de valor, de heroísmo; pero no es, mexicanos, el valor y el heroísmo de sólo algunos hombres lo que salva a las naciones. El Congreso de Veracruz, en nombre de la Patria os conjura a la paz, y a que hagáis con la prontitud que exigen las circunstancias, los sacrificios que en defensa de la causa común están obligados a hacer todos los mexicanos: sacrificio que jamás rehusan los que alimentan sentimientos de honor en su corazón.

“Mexicanos: el mundo nos contempla, y es necesario patentizar al mundo que somos dignos de la patria que nos dió el ser e hijos no degenerados de nuestros ilustres progenitores.”¹

El llamamiento, sin embargo, había de ser inútil, y todavía antes de que esto sucediera los veracruzanos se daban cuenta de que sería estéril la lucha que iban a sostener, mientras una civil se verificaba en la Capital.

“¿Qué va a ser, se preguntaban, de las infelices tropas que guarnece a Veracruz? ¿qué de la República Mexicana, cuando un general audaz, a la cabeza de un numeroso ejército venga a fijar sus cuarteles en el mismo México? El Ejecutivo entonces conocerá, aunque muy tarde, que en momentos en que se juega el interés común de todo un pueblo, lanzar en medio de sus hijos un combustible que encienda el fuego de las discordias intestinas ofreciendo a los descontentos un pretexto para cohonestar sus planes, es entregar maniatada a la nación en manos de sus enemigos. El gobierno está mirando del modo más palpable las fatales consecuencias de esas leyes, que en lugar de recursos abundantes, sólo han cosechado sangre; y los pronunciados no pueden menos que conocer con cuánta verdad hemos estado repitiendo que su imprudencia acabaría.

¹ Tributo a la verdad, p. 104.

² D. Valentín Gómez Farías.

si permanecían en su obstinación, con la pérdida de esos derechos, cuya salvación presentan como excusa de su conducta.

“Apenas podemos dar crédito a lo que estamos presenciando, porque es casi inconcebible que en el alma de esos hombres, que se llaman los padres de la patria, los defensores de sus derechos, no haya un solo sentimiento magnánimo o generoso. La conducta del Sr. Farías es inexcusable, y sin ejemplo la ceguedad de los pronunciados, que no ven que de pretendidos salvadores de la patria, se están convirtiendo en sus más crueles enemigos.

“¿Aguardaremos a que el General en Jefe de las fuerzas enemigas, en la residencia misma de los supremos poderes, decida la cuestión, mandando al Sr. Farías que renuncie, y a los pronunciados que depongan las armas?

“¡Baldón eterno a los que tal pensaron, y más aún a los que se empeñan en allanar el camino a tan horrible desenlace!”¹

Sin embargo, no todos habían sido heroísmos en el puerto, y quienes nos han dejado las anteriores noticias nos hablan de los que huyeron del enemigo estando en ese número “Coroneles cargados de cruces y distinciones,”² refiriéndose quizá al propio Mayor de la Plaza, Coronel D. Juan de D. Arzumendi, de quien se dice que “no se le vió ni se le encontró durante el fuego” y al Coronel de artillería “D. Demetrio Chavero, que después de haber manifestado inteligencia, se dió de baja en el momento en que el enemigo rompió el fuego a la Plaza,” y al Capitán de Puerto, Capitán de Fragata, D. J. Lara, cuyo paradero no pudo averiguarse.”³

La rebelión de la Capital concluyó con el arribo del General Santa-Anna, a quien según asientan los redactores de los Apuntes, “se le debió el término feliz de este alzamiento y fué realmente el salvador de multitud de personas, cuya muerte ha-

¹ Tributo a la verdad, p. 108.

² Op. cit. p. 38.

³ Loc. cit.

bría llenado de luto a la Ciudad de México;" pero Veracruz había sucumbido falta de recursos y falta de auxilios.

La defensa del puerto con todos los heroísmos que nos describen quienes tomaron parte en ella, no fué bastante a contener la marcha triunfal del enemigo, que sentíase orgulloso de sus triunfos, más probablemente que por el resultado de las batallas, porque podía contemplar satisfecho su obra de preparación, como el sembrador inteligente y hábil que al recoger la cosecha no mira en ella un resultado fortuito; sino la demostración palmaria de que supo escoger los granos, y preparar las tierras y seleccionar los abonos. Los Estados Unidos habían visto que esta tierra fácilmente podía convertirse en un vasto campo de devastación y de exterminio, con sólo sembrar cuidadosamente el germen de la ambición, de la discordia, de las venganzas, y por medio de Poinsett y de las logias lograron que las divisiones que ya existían se hicieran más profundas, los odios más intensos, las venganzas más insaciables. Nos consagramos entonces a un batallar constante, sin comprender que la ruina que a pasos agigantados se extendía en el país y que había de impedirnos el hacer aprovisionamiento de recursos para enfrentarnos cuando hubiera de ser necesario ante aquel amigo que era nuestro peor enemigo, les daba a ellos de antemano la garantía del triunfo. No era en la Resaca, ni en Monterrey, ni en la Angostura, ni en Veracruz, donde los Estados Unidos nos vencían; el triunfo lo habían logrado en toda la República, donde las discordias entre los mexicanos habían sido sus aliadas y nos habían rendido al enemigo, por no haber sabido, como la hormiga de la fábula, preparar los graneros para resistir en su debido tiempo el invierno que del Norte había de azotarnos rudamente; por no haber sabido reprimir los defectos todos de nuestro carácter para unirnos siquiera en el momento de peligro y de angustia para la patria.

Veracruz había caído en manos de aquellos implacables enemigos nuestros; pero ¿era el último dolor que nos faltaba?

Desgraciadamente nuevas espinas habían de taladrar aún las sienes de nuestra adolorida México.

* * *

Santa-Anna, al saber la caída de nuestro primer puerto y resolverse a detener al enemigo en su marcha hacia la capital, había dicho que era necesario *lavar la deshonra de Veracruz*; pero bien pronto habríamos de tener un nuevo desengaño, a causa por una parte de la torpeza del mismo Santa-Anna que se empeñó en seleccionar para la acción un lugar inadecuado, según los expertos, y por su vanidad, tal vez, y su amor propio, que no le permitieron escuchar las indicaciones del Teniente Coronel de Ingenieros D. Manuel Robles que había aconsejado no sólo escoger el lugar llamado Corral Falso, en lugar de Cerro-Gordo, sino fortificar el cerro de la Atalaya, que Santa-Anna juzgó innecesario;¹ a causa, por otra parte, de la falta de entereza de algunos jefes que se limitaban a censurar su conducta en corrillos, sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores: "... alguno se envanecía, después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes, en la combinación de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable."² Justo es en cambio declarar que el General en Jefe, que prefirió las penalidades de la campaña a las comodidades de la silla presidencial, que había dejado al General Anaya, solícito recorría la línea, visitaba las fortificaciones practicadas por Robles y por Cano, vigilaba la construcción de barracas para la tropa y ejercía las demás funciones que estimaba debidas a su encargo.

Entre los jefes principales que con Santa-Anna habían de compartir las amarguras de una nueva derrota, se encontraban los Generales Rangel, Canalizo y Vega, Pinzón, Díaz de la Vega y López Uruga, Vázquez, Baneneli y Frías y numerosos

¹ Roa Bárcena. Op. cit. p. 376.—Véanse las explicaciones que Santa-Anna da de su conducta en su parte oficial. Castillo Negrete, Op. cit. Vol. XXIV. Apéndice, pp. 98 y sig.

² Apuntes, p. 173.

oficiales y subalternos que habían luchado ya denodadamente contra los invasores.

Como si fuera un presagio de futuras desgracias, una parte de la caballería que a las órdenes del General Canalizo había salido a efectuar un reconocimiento encontró en su camino desfiladeros tales, que dos o tres dragones, al despeñarse con todo y sus caballos, habían ido a encontrar la muerte en aquellos precipicios.

La lucha se entabló al fin el día 17 de abril cuando al practicar un reconocimiento el General Alcorta por el cerro de la Atalaya encontró una parte del ejército de Scott con el que trabó un combate que pronto se hizo intenso a la falda del cerro del Telégrafo y que concluyó como a las cinco de la tarde, hora en que las fuerzas americanas habían sido rechazadas por todas partes. Las músicas tocaron dianas y el regocijo se extendió por todo el campamento.

De tal manera el éxito de aquel día fué halagador, que Santa-Anna se apresuró a comunicarlo al Gobierno, en una nota que decía:

"... hoy a las doce del día ha comenzado el enemigo por atacar una de mis posiciones en el cerro del Telégrafo y he tenido que sostener una lucha de cuatro horas contra la mayor parte de sus fuerzas, mandadas en persona por el General Scott, habiendo logrado rechazar a éste con gran pérdida, pues ha dejado en el campo porción de muertos y heridos. Por mi parte han resultado un oficial y veinticinco soldados muertos y ciento veintidós heridos de todas clases. Según se advierte, los esfuerzos de los invasores continuarán mañana y la lucha será encarnizada porque las tropas de mi mando están decididas a sacrificarse en el servicio de la patria....."¹

Los sucesos del siguiente día habrían de tornar en impresiones de desesperación, y en clamores de muerte los vítores y las voces de entusiasmo.

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXIV Apéndice, p. 47.

Amanecía apenas el día 18, cuando el enemigo, desde la Atalaya, que Santa-Anna había creído equivocadamente que sería inaccesible para los americanos, abrió el fuego de sus cañones sobre el Telégrafo, donde agitaba el viento nuestro pabellón, y desde donde con fuego se le contestó. A poco inicióse una carga de parte de los americanos y al fuego de los cañones se substituyó el de la fusilería, dada la proximidad de entrambos combatientes que luchaban con indecible ardor. El jefe de aquella posición, el General Vázquez,¹ y el Coronel Palacios, Comandante de la artillería del cerro habían caído acribillados por las balas enemigas; y como el General López Uruga, segundo jefe del punto, combatía en la falda izquierda del mismo cerro del Telégrafo, el General Baneneli se apresuró a tomar el mando de aquellas fuerzas que ya vacilaban al ver muertos a sus jefes y que los asaltantes favorecidos por su mayor número ascendían hacia la cumbre de aquel cerro. En tanto que Baneneli y algunos ayudantes de Santa-Anna, mandados al efecto, trataban de contener a los que abandonando sus puestos se lanzaban hacia abajo por el lado contrario del cerro, el primero de dichos generales ordenó a sus propias fuerzas, que por ser la reserva habían permanecido inactivas, que cargaran a la bayoneta, como lo hicieron con todo brío; pero sorprendidas de encontrarse desde luego con un enemigo muy superior en número que por todas partes las rodeaba, desordenáronse a su vez, sin que valieran los esfuerzos de su jefe y de los oficiales que con espada en mano trataban de contenerlos, hasta que al fin "rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

"Sobre la cumbre del cerro se veía entonces en medio de

¹ Refiriéndose a la muerte de este distinguido jefe, dice Santa-Anna: "...por una lamentable fatalidad cayó mortalmente herido el ilustre y bizarro general D. Ciriaco Vázquez, en el punto que le designaba el honor, entusiasmando a sus soldados para la firmeza en el combate y sirviendo de ejemplo digno de ser imitado por todo militar que conozca los nobles deberes de su profesión." Parte detallado de la acción de Cerro Gordo. Loc. cit.

una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquél horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

“Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos al derredor de la cima del Telégrafo flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos...”¹

Todavía no había concluido aquella función de armas, y todavía los americanos habían de derramar abundante sangre para completar su triunfo, pues a quienes cargaron sobre la posición del centro los recibieron los nuestros sin hacer un sólo disparo de acuerdo con la disposición dada por el Capitán de Navío Godínez, que era el Comandante de ese punto; y cuando estaban a distancia favorable, una ráfaga de fuego los cegó, haciendo entre ellos terribles y mortales estragos y obligándolos a huir atropellada y precipitadamente.

Sin embargo, como en otras ocasiones, el desorden y la demoralización comenzó a cundir en nuestras filas; Canalizo no pudo cargar con su caballería, porque “el bosque impedía absolutamente que se ejecutase esta operación” y los esfuerzos de algunos valientes oficiales como Robles y Malagón y Argüelles y Holzinger para poner en acción algunas piezas de artillería, resultaron estériles, cuando los enemigos, cargando en crecido número a la bayoneta, se apoderaron de ellas y las volvieron en nuestra contra.

¹ Apuntes, p. 183.

El Tributo a la Verdad asegura que fué “lo más vergonzoso que los cañones quedaron cargados, y que 3,700 hombres mandados por los Generales Díaz de la Vega, Noriega, Pinzón y Jarero, se rindieran a discreción; porque el último no quiso, como querían los demás, que así lo han dicho, abrirse paso batiéndose; y no hubo quien lo matara.”¹ Y yo pregunto ¿por qué los demás si estaban decididos a abrirse paso no lo hicieron?

Santa-Anna refiriéndose a este suceso, dice en su parte oficial: “Los Generales Díaz de la Vega, Jarero y Pinzón, que mandaban la derecha de la línea, perdido ya nuestro centro y nuestra izquierda, sostuvieron el ataque del enemigo hasta las once de la mañana, y no teniendo por donde retirarse, cayeron prisioneros.”²

Los americanos cerraron el paso a Santa-Anna, que caminaba hacia la izquierda de la batería, con una descarga que lo obligó a retroceder y después de haber acribillado a balazos el coche del general, que había salido rumbo a Jalapa, se apoderaron de dicho carruaje así como de un carro que contenía diez y seis mil pesos, recibidos para socorrer a las tropas.

“Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia entre los nuestros, obraba sólo el deseo de salvación, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desesperados al estrecho paso del desfiladero que baja al Plan del Río, por donde el General en Jefe se había dirigido con los jefes y oficiales que lo acompañaban.

“Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente y dejando un reguero de sangre sobre su camino. Confundidas las clases todas, perdidos el prestigio y el pudor militar, los distintivos se habían convertido en insignias sarcásticas que sólo graduaban la responsabilidad y la humillación..... El General Santa-Anna,

¹ Op. cit. p. 43.

² Castillo Negrete. Vol. XXIV. Ap. p. 111.

ceñudo y silencioso, dejando marchar casi libre a su caballo, seguido de toda aquella turba ensangrentada, descendió a lo más profundo de la barranca, pasó el río y encumbró a la cima opuesta...."¹ Allí hizo alto, dispuso que los Generales Ampudia y Rangel y el Coronel Ramiro reunieran los dispersos a fin de continuar la retirada en el mejor orden posible y él siguió hacia el Encero, acompañado sólo de los Generales Pérez, Argüelles, Romero y Frías y de otros cinco o seis jefes y oficiales.

México tenía una esperanza menos y un desengaño más. Posesionado el enemigo de Cerro Gordo había avanzado con segura planta otro paso en su camino triunfal.

¡Menguados triunfos los del poderoso contra el débil; pero más menguados aún cuando el poderoso mismo ha provocado la debilidad y el agotamiento!

Sin embargo, debemos declarar una vez más que los mejores aliados del enemigo en contra nuestra fuimos nosotros mismos, que no pudimos, o ni supimos, o no quisimos refrenar nuestros odios, nuestras pasiones políticas tan hábilmente explotadas antes de la guerra y durante la campaña.

El General Canalizo que se había retirado precipitadamente, al grado de que en el *Tributo a la Verdad* a esa retirada se le llama fuga, fué quien primero dió la noticia del desastre; y la desmoralización cundió en grado tal, que el General Don Gregorio Gómez se apresuró a inutilizar los cañones que se tenían en la Olla, lugar donde se había creído que también podría hacerse resistencia.

Santa-Anna, a cuyo lado habíanse agrupado en Orizaba los dispersos, trató de reorganizar su Ejército y mandó situar la caballería de Canalizo en San Andrés Chalchicomula. La posición de Santa-Anna llegó a tener una importancia tal, que si no fué debido a que el ejército americano tal vez esperaba instrucciones de Washington, podría creerse que la bondad del

¹ Apuntes, p. 180.

sitio donde Santa-Anna se había colocado fué la que hizo que el ejército a las órdenes de Scott hubiera permanecido en inacción, tal vez preparando con madurez un nuevo plan de avance.

La inacción en que a su vez Santa-Anna se encontraba, lo hizo resolver avanzar hacia Puebla; y apenas él se puso en marcha, las fuerzas americanas lo hicieron también.

Es bien sabido que por desgracia en aquella ocasión, el temor tal vez, la falta quizá de elementos como hizo presente el Gobernador Inzunza, el que Santa-Anna hubiera ordenado una requisición de caballos para remontar su caballería que estaba en condiciones deplorables, o todas estas circunstancias juntas dieron pretexto para que en Puebla, lejos de hostilizar al invasor se le recibiera con júbilo. Inútil es, en consecuencia, ya que sólo trato de dar un ligerísimo resumen de los sucesos de aquellos terribles días, entrar en pormenores acerca de la actitud de invasores e invadidos; y únicamente recordaré que guiado Santa-Anna por un falso informe, y creyendo que podría dar un golpe de mano a un fuerte grupo de americanos, destacó dos mil caballos hacia Amozoc y la infantería hacia San Martín Texmelucan, para obtener como resultado que mal conducida la caballería, en cierto momento se encontró con el grueso de la vanguardia americana, viéndose obligado a regresar a Puebla, contrariada y llena de fatiga y con algunos vacíos que los americanos le habían hecho a la distancia.

La actitud de los habitantes de Puebla no daba esperanzas de que allí se vengarían los desastres anteriores. Tal vez en la capital... y hacia ella se dirigió Santa-Anna.

Puebla salió en masa a presenciar la entrada de quienes no habían podido, hasta entonces, ser vencidos. La soldadesca se situó tranquilamente en la plaza principal y los habitantes de la ciudad angelopolitana que aquello presenciaban no hicieron el más pequeño movimiento que demostrara el deseo de aniquilar al invasor.